



manuel olimón nolasco

historiador

**CATEDRALES DE MEXICO.
PIEDRAS Y LUCES DE FE.
LA CATEDRAL DE MONTERREY**

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco

1.- En la historia, dos sedes episcopales.

La ciudad actualmente conocida como "la sultana del Norte" no fue un lugar fácil de fundar. Si bien desde 1577 algunos valientes trataron de asentarse en ese valle de gran belleza circundado de montañas pero con un clima indómito y poca facilidad para habitarlo, fue hasta 1596 cuando Diego de Montemayor con treinta y cuatro personas dispuestas a encarar lo inhóspito del sitio se quedó a vivir ahí y a dominar el ámbito circundante.

Además, la lejanía del centro del virreinato y los ataques de los indios indómitos que recorrían una región en la que antes se movían sin obstáculo alguno, hacía difícil, pero no imposible el asentamiento humano, pues si bien no eran sobranes el agua y las posibilidades agrícolas, eran suficientes y la aspereza del terreno se prestaba, por ejemplo, para el pastoreo de las cabras.

En cuanto a la asistencia religiosa, fueron los franciscanos los que se atrevieron a iniciar y llevar adelante el cuidado de la feligresía. Hasta 1777, el enorme territorio que ocupan los actuales estados mexicanos de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas y el estadounidense de Texas, perteneció principalmente a la diócesis de Guadalajara si bien algunas partes a la de Michoacán y a la arquidiócesis de México. Su Santidad Pío VI, a solicitud del rey de España y de los obispos interesados, erigió, por medio del documento solemne titulado "Relata Semper" una nueva diócesis que recibió el nombre y como sede a Linares, ciudad que con el tiempo tuvo menor crecimiento que Monterrey. Ya antes de finalizar el siglo XVIII se había realizado el cambio de sede y en 1891, contemporáneamente a la erección de la diócesis de Saltillo por el Papa León XIII, fue hecha sede arzobispal, aunque no fue sino hasta el 9 de junio de 1922 cuando recibió el nombre de la ciudad que ya era episcopal por más de un siglo.

El auge de la ciudad quedó definido a partir de la llegada de la era industrial al país. Las condiciones favorables de la situación social de la población y el impulso emprendedor que venía sin duda desde aquellos primeros colonizadores que no temieron enfrentarse con todo tipo de obstáculos, hicieron de ese valle en la cercanía de la Sierra Madre y con el Cerro de la Silla a manera de guardián, un lugar digno de la modernidad que llegó a México.

Linares quedó atrás y Monterrey pasó a ser si no la segunda--pues se disputa con Guadalajara--sí la tercera ciudad del país moderno.

2.- Una catedral al paso del tiempo.

Las circunstancias difíciles que caracterizaron los primeros tiempos de Monterrey, quedaron reflejadas en su iglesia principal, la parroquia de Nuestra Señora, cuya edificación se llevó casi cien años. Una pequeña iglesia de material frágil existió casi desde la llegada de Montemayor, pero una gran inundación la arrasó en 1612. Este hecho ayudó a que el gobernador Martín de Zavala acudiera al obispo de Guadalajara, don Leonel de Cervantes Carvajal, a fin de definir e iniciar una construcción sólida que, además de servir mejor a la feligresía, fuera un punto de referencia del auge creciente de la población. La obra, sin embargo, se realizó con lentitud y fue hasta 1663 que un sargento, Juan de Montalvo, que tenía habilidades de maestro albañil y carpintero, encabezó una construcción que con igual lentitud que todo lo anterior, se prolongó cien años.

Señal de que Monterrey todavía no era lo que llegó a ser fue que apenas en 1791 el templo de tres naves fue concluido y la fachada barroca tuvo que esperar hasta 1800. En 1846, a la hora de la invasión del ejército de Estados Unidos, se convirtió en el centro de la defensa de la ciudad y, como era natural, sufrió importantes daños que no fueron reparados pronto.

El auge económico de la ciudad también se reflejó en el mejoramiento de la iglesia principal de la diócesis: en los años de 1886 a 1900 se terminó de construir la capilla del Sagrario y durante ese mismo tiempo se hizo la decoración interior y se colocó una bella reja para circundar el atrio. A pesar de que la casi totalidad de las catedrales poseen dos torres, la regiomontana solamente ostenta una, terminada en 1899.

Su interior ha sido modificado varias veces y en la década de 1940 quedó plasmado en el ábside un mural del pintor Ángel Zárraga, quien perteneciendo a la corriente mexicanista de la época posrevolucionaria, no hizo a un lado la tradición cristiana y logró plasmarla en cercanía con la modernidad que arribaba. Su obra en la catedral de Monterrey es ejemplo vivo de esa peculiaridad, ajena a Diego Rivera o a Orozco. Los cuadros que realizó para la casa de la embajada mexicana en París, en plena persecución religiosa en México, muy poco conocidos, tienen la huella, perceptible por la sensibilidad fina de muchos mexicanos, de la Virgen de Guadalupe y nuestros santos mártires.

No cabe duda que la regiomontana es una catedral sobria, signo de que Monterrey no siempre fue el emporio financiero e industrial que ha llegado a ser. Esa misma sobriedad es elocuente de los valores fundamentales que ha de anunciar la Iglesia desde el Evangelio.

Tengo presente que hace poco más de veinte años, cuando realizaba mi servicio en la Comisión Nacional de Arte Sacro, puse sobre la mesa esas señales en una reunión en que se hablaba de restauración de la catedral, pues algunas personas entusiastas habían dicho: "--¿por qué no dejamos este templo con el oro, por ejemplo, que tiene la iglesia de Santo Domingo en Oaxaca?" La respuesta obvia que expresé fue: "--Algunos signos de austeridad conducen sanamente a los regiomontanos a sus orígenes y los anima a valorar lo esencial".

Monterrey y sus gentes por eso son grandes.